Once voces contra la barbarie del 11-M

de Ignacio Amestoy, Ana Diosdado, Yolanda Dorado, Raúl Hernández Garrido, Juan Alberto López, Jerónimo López Mozo, Yolanda Pallín, Paloma Pedrero, Margarita Ripoll y Julio Salvatierra

Aníbal Lozano

Once voces contra la barbarie del 11-M

de
Ignacio Amestoy, Ana Diosdado, Yolanda Dorado, Raúl Hernández Garrido, Juan Alberto López, Jerónimo López Mozo, Yolanda Pallín, Paloma Pedrero, Margarita Ripoll y Julio Salvatierra

Incluye
el segundo movimiento de «El bosque de los ausentes» de Antón García Abril

Prólogo
Adolfo Simón

Edita
Fundación Autor
Publicaciones SGAE. 2006

Cuando escribimos esta reseña, el juicio sobre el 11-M, la mayor tragedia terrorista en España, queda pendiente de sentencia. Será una sentencia judicial sobre los acusados de la trama; para las víctimas, en lugar de las sentencias, queda la imposibilidad del olvido y la fe de las palabras en conciencia. Un año después de aquella fecha fatídica, durante la jornada del 11 de marzo de 2005, coincidiendo con el primer aniversario de la tragedia, se representaron en distintos teatros de Madrid: Teatro de la Abadía, Teatro Pavón, Centro Dramático, Círculo de Bellas Artes, Casa de América y Sala Cuarta Pared, once textos dramáticos que once autores españoles dedicaban a las víctimas del atentado, cuyo homenaje cerró una representación conjunta en el Teatro Español. Pues bien, la Fundación Autor ha publicado recientemente el libro que da fe de los textos representados, a los que se suma la partitura de *El bosque de los ausentes* de Antón García Abril, cuyos beneficios se destinan a la Asociación 11 de Marzo-Afectados de Terrorismo.

Dados los resortes que en este país dieron en agitarse frente al hecho despiadado, se entiende que en el teatro la rabia diera paso a la actitud y por ello, tal como refleja Adolfo Simón en las palabras que prologa, *«Esta edición deja constancia de que la autoría española contemporánea es vigorosa, generosa e implicada en su tiempo».* Indudablemente, así ha sido.

En *Once voces contra la barbarie,* título que hace justicia al planteamiento de escribir a, ante, bajo, cabe…, sin, so, sobre, tras el significado del 11-M, se dan cita doce obras breves: *Interacciones,* de Ignacio Amestoy; *Harira,* de Ana Diosdado; *Oxígeno,* de Yolanda Dorado; *Despedida,* de Raúl Hernández Garrido; *El tesoro del predicador,* de Juan Alberto López; *Extraños en un tren/ Todos los muertos,* de Jerónimo López Mozo; *Entrevías,* de Yolanda Pallín; *Ana el once de marzo,* de Paloma Pedrero; *Nostalgia del mar* de Margarita Reiz; *Pronovias,* de Laila Ripoll, que añade un bello poema dramático, *Once de marzo,* y *El muerto y el mar,* de Julio Salvatierra, a quienes se une la citada partitura de García Abril *El bosque de los ausentes.*

La complejidad de reseñar cada una de las piezas que se nos presentan viene dada por un hecho trascendental: si bien el denominador común que explora la construcción de cada una de estas obras es, lógicamente, el mismo —pues de ello se trata, de motivar la acción del teatro sobre la reacción humana de quien lo hace posible ante una tragedia que el mismo terror desorienta—, no es menos cierto que al percibir en su conjunto la capacidad de los autores por esgrimir su emoción uno encuentre, además de una portentosa unidad dramática, la línea de sombra que cruza el espacio entre la vida y la literatura. Por ello, permítaseme —en homenaje al mismo destino de estas piezas teatrales y consideración a su propia génesis— advertir de la índole que el lector de teatro encuentra en la palabra advertida y trasladar el comentario desde ella misma a través del eco de las obras a las que nos referimos.

El primer detalle que marca el hecho teatral es la misma titulación dramática. Referencias, metáforas, palabras directas también, que convergen en la naturaleza de un teatro que recurre al signo, al símbolo como detalle unificador y convergente que identi-

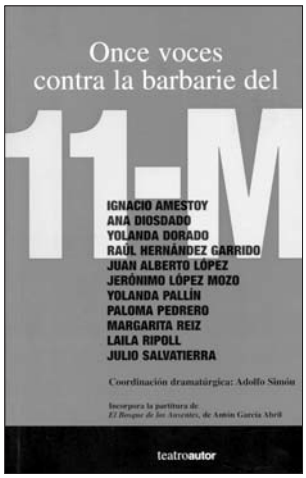
fica el propósito colectivo, desde lo individual, en el hecho dramático. Así, el significado / significante del tren en *Oxígeno* parece evidenciar cuanto deviene, desde la mascarilla de víctimas en sillas de ruedas hasta donde la simultaneidad de las acciones. Otro drama indaga en otro símbolo de aquel día, la radio en la vida cotidiana, en el diálogo de dos mujeres en *Harira,* o la señal evidente de Caronte y su barca, expresada de manera muy congruente en *El muerto y el mar.* Cuanto es representable en estas piezas tiene un ambiente común de metáfora y realidad sobre los muertos, los vivos y desmemoriados también, como en una sinfonía des espectros donde se conjugan en el mismo verbo viaje y compañeros de viaje, realidad e irrealidad.

Así sucede también en la propuesta de *Nostalgia del mar,* donde se fragmenta el tiempo tras la eclosión de lo sucedido. En ambos textos los personajes son ficción de sí mismos, víctimas de una irrealidad envolvente y cruel. Tales referencias ahondan bajo el eco de Strindberg, como de los fantasmas y sombras que transportan la realidad, la locura y la indefensión.

Por otra parte, si los símbolos quedan en pie sosteniendo el argumento que los ha motivado, como una dura representación frente a la vida, no es menos cierto que hay imágenes especialmente generadoras de otra corriente dramática en este difícil equilibrio, y así, en *Pronovias* asistimos a una dura ¿farsa? desde donde se aproxima la vida hasta ser certeza teatral cuando una mujer sin una de las piernas recrea su esperanza por conseguir un vestido de novia frente a la realidad y la consecuencia. El mismo terror visto desde la introspección sacude el texto de *Entrevías,* en la dualidad de dos hombres cuyo símbolo de edades tan diferentes se disuelve esta vez desde el eco de un tic-tac —símbolo espectral de nuevo— que, permanente, asola la escena.

Otro de los espacios oscuros que evidencia una constante en la propuesta de casi todos los autores es la indagación en el miedo, como hecho singular, y también en los miedos como hecho plural y colectivo, y aún más allá, en la exploración de los otros miedos, quebrantados en la autodefensa. Así, no debemos pasar por alto el papel simbólico del teléfono móvil en *Ana y el once de marzo,* una pieza en desdoblamientos muy interesante donde el aturdimiento se hace cómplice en una sala de espera. Otro detalle acontece, en similar propuesta, ante la madrugada como símbolo también que atraviesa la pieza *Despedida,* o como la reflexión ¿surrealista? que acontece en *El tesoro del predicador,* donde la violencia desatada conecta con la refracción de otro símbolo añadido al del móvil: la mochila.

Esta simbología —natural, y en nada artificial, claro— late indudablemente en el libro que conforma estas propuestas, al tiempo que en dos de ellas la misma referencia de la literatura frente al teatro queda a solas, frente a la vida. Tal se nos presenta en la pieza *Extraños en un tren / Todos muertos,* referentes de Patricia Highsmith y Chester Himes, respectivamente, que invita al lector libremente a sentir como suyo el propio guión dramático desde una geografía de inquietudes abiertas por él mismo.

Simbología, en fin, que nos evoca al buen Beckett, si se me permite, con la complicidad de cuanto fracturó la vida cotidiana que motiva este encuentro cuyo detalle reseñado concluiría con ese mismo resorte literario: el de la grandeza de los espacios y de los símbolos dramáticos, que encontramos en la pieza que abre el libro. Me refiero a *Interacciones,* donde Clitemnestra, Orestes y Electra, entre Ibsen y Nora y las ambulancias y el terror —símbolos y reverberaciones—, identifican unas palabras indelebles: *«Todos tenemos el mismo miedo. ¡El mismo miedo! ¡El mismo miedo que nos iguala!».*

Tal reflejo, en fin, sitúa la tragedia y el terror del 11-M con el de la creación de espacios y articulaciones dramáticas que aquí se nos presentan, no desde un espacio *autor-actor-espectador,* sino desde la índole de una reflexión que la palabra necesitaba desnudar, desentrañando, para salir a flote entre la complicidad con las víctimas. No cabe duda de que el trabajo respetuoso que han realizado los autores que aquí se presentan trasciende también la necesidad de expresar la rabia, sin menoscabo del talento, que aparece en esta propuesta que ahora leemos. La simultaneidad entre el teatro y la vida dan fe aquí de la memoria de las víctimas y de la conciencia que late cuando el teatro es compromiso. ■